

ÁNGEL PALOMINO
EL CÉSAR
DE
PAPEL



El César de papel cuenta la fantástica historia de César Grijalba. Este encuentra, entre las reducidas pertenencias que hereda a la muerte de su madre, un saquito misterioso que, cual nueva lámpara de Aladino, puede satisfacer todos sus deseos, magnificando infinitamente sus peticiones. César pide trigo. Y la respuesta del saquito es una vorágine triguera, cuyo incesante fluir no solo cambia la vida de César —convertido en rey de un fabuloso imperio cerealista— sino que amenaza con cambiar el equilibrio mundial. A partir de aquí se suceden múltiples situaciones de gran comicidad, tratadas con la gracia y el desenfado que caracterizan la obra de Ángel Palomino.

PRIMERA PARTE

Capítulo I

LA fatal noticia, como casi todas las fatales noticias, llegó servida en un telegrama.

Mejor dicho, en dos telegramas. El primero, implacable, definitivo, decía:

TU MADRE FALLECIÓ ACOMPÁÑOTE DOLOR
ABRAZOS SASTRE.

El segundo era alarmante:

TU MADRE GRAVE VEN PRONTO ABRAZOS
SASTRE.

Cuatro pesetas tuvieron la culpa de este aparente enredo. Si el señor Sastre hubiese enviado el telegrama *gravedad* con carácter urgente, como hizo con el telegrama *fallecimiento*, César, al recibirlos por orden, se habría sentido primero alarmado y después entristecido. A veces, las cosas mal hechas producen buenos resultados: César se ahorró la alarma, eso salió ganando.

Se quedaba solo en el mundo. Solo en Madrid, en la soledad de una gran casa de huéspedes, conviviendo con los

sesenta habitantes —funcionarios, estudiantes, clases pasivas, militares, viajeros—, más o menos estables de la *Pensión Toledo*. Solo en el mundo. Ni padre, ni madre, ni hermanos. Gente alrededor, amigos de tertulia, compañeros de trabajo. Nadie.

Apenas recibidos los telegramas, fue a ver a su jefe, don Miguel Ruiz. Gesto adecuado, cara de circunstancias, dolor contenido, casi fingido. César conocía ya ese dolor sin dolor, que duele mezclado con otras sensaciones. Cuando murió su padre lloró, pero mientras lloraba tenía pensamientos sin pena ni duelo; no le había tocado la lotería por dos números; los recibos de la luz seguirían al mismo nombre, César Grijalba, su padre también se llamaba César; mamá debería comer algo, lleva dos días sin comer en serio; ese queso de doña María está rancio, y encima hay que agradecerlo, siempre ha sido igual doña María; el de la funeraria que se entienda con, qué tontería, iba a decir que con mi padre, el muerto; es él, el muerto; a mí esos tíos de la funeraria me ponen malo.

Eso es la muerte el primer día, ese día de dolor y lágrimas; pero César sabía que los duelos son más largos. Cuando verdaderamente había sentido la muerte de su padre fue bastante más tarde: cada vez que veía a su madre sola, triste y enflaquecida, estirando la ruin pensión vitalicia que el difunto dejó por toda herencia; cada vez que se encontraba con alguno de aquellos jefes y jefecillos que habían trabajado a las órdenes de su padre, aquellos que antes le llamaban Cesítar, dándole amistosas palmadas en los hombros y echando mucho humor al mal humor habitual de don César, y que luego aparentaban desconocerlo como si con ello se desquitaran de antiguas humillaciones; cada vez que veía a un viejo, medio dormido, leyendo el ABC y con un cigarro —medio dormido también— entre los labios, el viejo le recordaba a su padre y sentía deseo de acercarse a darle un beso, porque su padre nunca había querido que le

besara, no es de hombres, y a César le quedó un gran déficit de besos en el subconsciente.

El jefe de César no era malo; era jefe, uno de esos hombres que a medida que envejecen alcanzan grados más altos en el escalafón y llegan a puestos de mayor responsabilidad cuando los cilindrones de sus neuronas están endurecidos y no les permiten sacar gran rendimiento a la máquina de razonar.

Cuando una criada le anunció que el señor Grijalba deseaba ser recibido, don Miguel respondió:

—Pregunte a ese joven si es para algo relacionado con el servicio.

La criada salió, y regresó diciendo que sí, que era para algo relacionado con el servicio.

Don Miguel se puso rojo de ira y exclamó:

—¡Que espere a mañana; en mi despacho!

Don Miguel, como otros funcionarios padecía ese *complejo de despacho* que les hace temer peligros, sentirse amenazados cuando no les ampara la trinchera de su mesa oficial, que es un pedazo del Estado, del poder ejecutivo, de la Patria hecha madera.

Cuando la criada, que tenía ese aire triste de las muchachas que sirven a un matrimonio anciano, transmitió la respuesta, César estuvo a punto de decir algo, pero se limitó a darle el telegrama urgente y a rogar que se lo enseñase a don Miguel. Ella, que se estaba divirtiendo con tan poquita cosa pues en la casa nunca pasaba nada, se apresuró a trasladar el mensaje al señor, quien, después de leerlo, se ató el cordón del batín y salió al recibidor.

—¿Qué desea usted? —preguntó sin amabilidad.

—Pues... ya ve... ha fallecido mi madre... necesito unos días de permiso.

—Crea que lo siento... me refiero a lo de su madre —dijo don Miguel—; pero se ha ido a morir en unos días...

César no disimuló un gesto de disgusto. El jefe trató de humanizar su actitud:

—Ya comprendo que la pobre señora no ha podido evitarlo y que no tenía por qué pensar en que estamos con el cierre trimestral entre manos y que usted nos es muy necesario; ¿no le sería posible aplazar el viaje?... No; ya veo que va a decir que no. ¡Qué vamos a hacer! Váyase, pero procure antes hablar con Manrique y Cereceda para que ellos se ocupen de su trabajo.

Se volvía para retirarse, pero se detuvo de pronto, pensativo.

—Tenía que decirle algo —murmuró—. ¡Ah, sí! Le acompaño en el sentimiento, Grijalba.

César no respondió; no dio las gracias. Tampoco se molestó en hablar con Manrique y Cereceda; ellos iban a cargar con su trabajo de todas maneras.

Aquella misma noche llegó a Zamora. El señor Sastre le informó de cómo se había quedado huérfano.

El señor Sastre era vecino de los Grijalba. Conocía a César desde niño, y entre su familia y la del joven funcionario existía una confianza de las que ya no se estilan; una confianza amasada con tazones de chocolate, aspirinas prestadas y croquetas compartidas por señoras que se preocupan de la cocina y por caballeros que saben alabar unas buenas magras con tomate, cuando han sido cocinadas según arte por la vecina.

—¡Pobrecilla! —decía el señor Sastre tratando de animar esa velada tan tonta que hay después de los entierros, en la que, como ni siquiera hay ya muerto, nadie sabe qué hacer ni qué decir—. Conservó toda su lucidez casi hasta el último instante.

—¿Qué decía? —preguntó César.

—Lamentaba que tú no estuvieses a su lado.

—Claro... —dijo César, por decir algo.

—Pero lo que más sentía era lo de las novelas.

—¿Qué novelas?

—Las de la radio. Tantas horas sola. Vivía pegada a la radio; cuatro novelas, y se moría sin conocer el final de ninguna. Menos mal que las cuatro eran obras famosas y yo se las conté mientras se iba muriendo poquito a poco.

—¿No les encargó que me dijiesen nada?

—Sí. Nos dijo que no dejes el piso, porque paga muy poca renta y es una lástima abandonarlo porque sí. Y tenía mucha razón; un piso en la calle de Santa Clara por treinta duros es una pena dejarlo.

—Pero yo vivo en Madrid.

—Debes conservarlo aunque solo sea para fastidiar al casero; está deseando que nos muramos para poner en cada piso una duchita y elevar el alquiler a seis mil pesetas.

—Tu madre me encargó —intervino la señora— que te diese el *baúl de la abuela*. Como no tienes hermanas ni primas carnales, debes conservarlo hasta que te cases y se lo entregues a tu esposa.

El *baúl de la abuela* era uno de esos trastos que conservan las familias sin saber exactamente por qué. Perteneció a una bisabuela de la madre de César; el marido fue ministro de Fernando VII; el personaje más ilustre de la familia. Había legado a su descendencia dos retratos que si no estaban firmados por Goya eran, al menos, de su época; la familia honraba, generación tras generación, la memoria de tan ilustre antepasado. El baúl había ido pasando de madres a hijas o nueras desde que la ministra se lo entregara a la bisabuela de César.

Cuando se quedó solo puso el baúl en un rincón del comedor y lo miró con desdén. Desdén injusto: el viejo cofre era gracioso, decorativo, y guardaba algo que valdría para César más que un bastón de mariscal, salvándole de ser en el futuro un don Miguel Ruiz parapetado detrás de una mesa.

Capítulo II

CÉSAR tardó ocho días en resolver sus asuntos familiares y en tributar a su madre los honores póstumos que la etiqueta, la costumbre y la buena crianza exigen. En este tiempo desahogó sus hábitos burocráticos —quizás en honor del balance trimestral abandonado en manos de Manrique y Cereceda— haciendo un inventario de lo que la buena señora le había dejado. Poca cosa: la colección completa de los *Episodios Nacionales*, adquiridos poco a poco para él por su padre, algunos libros más, faltos ya de actualidad, que solo servían para ser vendidos a peso, un mobiliario bueno, construido en madera de castaño, pero muy pasado de moda, algunos cuadros, muchos cachivaches difícilmente clasificables y el baúl.

Al llegar al baúl se acordó de Nieves, su novia. Aún no había escrito a Nieves. El día que recibiera el telegrama le mandó una breve nota comunicándole la triste noticia y nada más.

—Cuando nos casemos —se dijo—, este baúl será suyo.

Después de voltear un par de veces las dos llavecitas iba a guardarlas en el monedero, pero la curiosidad le tentó y decidió curiosear un poco en el interior.

Estaba lleno. Había muchos trapitos, en su mayor parte recuerdos de distintas bodas: velos de tul que se quebra-

ban al mirarlos, ligas blancas adornadas con encajes y florecillas de azahar. Encontró en un rincón un saquito de cuero aparentemente vacío, pero muy bien cerrado y amarrado con un alambre, y lo apartó para examinarlo al final con detenimiento, interesado por sus curiosos adornos. También encontró varias cartas y dos fotografías, que se habían escapado, como si quisieran atraer su atención, de un sobre roto.

Eran de un militar de aquellos cuyo mayor orgullo parecía consistir en su hermoso bigote. En una de las fotografías estaba vestido de gala, lucía algunas condecoraciones y apoyaba ambas manos en la empuñadura de un espadón capaz de ensartar tres sarracenos de una vez. Su figura tenía la rigidez propia de aquellos tiempos en que los militares usaban unos cuellos tan duros como la suela y los fotógrafos casi amenazaban con pena de muerte a quienes osaban mover un músculo mientras ellos realizaban sus obras de arte. En la otra estaba más natural; vestía uniforme de rayadillo y, aunque un poco envarado por el aquel de que lo estaban retratando, sonreía todo lo que es capaz de sonreír un señor que se ve forzado a sostener, con la débil musculatura del labio superior, un bigote de quince centímetros por banda.

Aunque las dedicatorias escritas al respaldo estaban borradas casi por completo, César pudo leer en ambas:

A Eugenia, con el más puro afecto de mi corazón.

ANDRÉS.

No podía ser otra que la abuela materna de César. Pero la abuela Eugenia se había casado con un médico, don Abelardo Bustamante, que no solo no había sido jamás oficial del ejército, sino que ni siquiera había hecho el servicio militar porque era corto de talla. Así pues, aquellas fotos

pertenecían a algún novio que tuvo antes de enamorarse (o lo que fuera) del señor Bustamante.

Interesado por aquel malogrado noviazgo, César leyó un par de cartas. En sus frases latía ese apasionamiento exagerado que tenían que exhibir entonces los amantes por culpa de los literatos del tiempo. Sin embargo, entre toda aquella floripondiez literaria y amorosa, entre todos aquellos *oh, dulce razón de la existencia mía, pensil en el que mi corazón hallará la calma* y demás frases que solo podían ser escritas por un hombre que usara calzoncillos largos, César encontró unos párrafos extrañamente interesantes.

Con Lucas, mi fiel asistente logroñés, recibirás algunos regalos que de corazón te hago. No mires su valor, muy escaso, sino su significado como homenaje de un corazón enamorado. La pulsera es de oro, y me la ha vendido un hebreo que me aseguró pertenecía a su familia desde los tiempos de Chindasvinto; casi lo creo, a juzgar por la mugre que tenía encima. Es, por tanto, una joya interesantísima a la par que original; y bella como tú, ¡oh, amada de mi alma!

Te mando también un saquito de cuero. Recomiéndote muy mucho que no lo abras; algún día, cuando, termine mis servicios en África, te diré por qué. No lo abras por nada del mundo; ni aunque te lo ordenen tus ancianos padres.

Muchas gracias por esa bufanda que me has tejido con tus preciosos deditos de nácar. Me la pongo todos los días para hacer la descubierta y me abriga mucho...

César no siguió leyendo: volvían las frases huecas y empalagosas. Pero antes de arrinconar en el baúl aquellos papeles tuvo ocasión de comprobar que el noviazgo no se había roto por inconstancia, infidelidad o aburrimiento. Una fúnebre tarjeta archivada entre las cartas participaba a los familiares y amigos del capitán don Andrés de la Puente

Botija que este había entregado su vida a la patria en la batalla de *Sidi Mohtar*.

César dedicó un respetuoso saludo a aquel muerto que repentinamente se le había hecho simpático, quizá porque estuvo a punto de ser su abuelo con más derecho que don Abelardo Bustamante y, también, con más méritos; por lo menos, con más méritos de guerra.

Luego sopesó el saquito, que parecía vacío. Lo dejó otra vez en el suelo y continuó hurgando en el interior del baúl. Nada interesante: flores de trapo, flores secas, flores de papel, tarjetas con la palabra *Felicidades*, plumas y muchas cartas de amor. En una cajita de madera de sándalo había un pañuelo femenino, arrugado y amarillento. Tenía bordada una E complicadísima. Era el que secó las lágrimas de Eugenia el día que recibiera la triste noticia.

Ella lo quiso honrar así: guardando juntos el pañuelo aún húmedo y el saquito, que quedaría cerrado para siempre. Nadie llegó a imaginar el extraordinario valor del regalo del capitán; del, en apariencia, inocente saquito de cuero.

Fue en la acción del *Jemis de Beni Burkía*. El capitán Botija —hay segundos apellidos con tanta fuerza que anulan a los que les preceden— esperaba la señal: el trallazo parabólico dibujado en el aire por un cohete. Tras él, doscientos moros fieles a España acariciaban los cerrojos de sus fusiles, impacientes por entrar en fuego. Su objetivo era Yebel Smid^[1], un monte con nombre de señor inglés que Botija supo conquistar en el momento preciso, con el arrojo preciso y con el número de muertos precisos para que el lance fuese calificado de *brava acción*. Una vez más, la muerte había bailado con él sin llevarse a la pareja.

Logrado el objetivo, los moros descubrieron en la falda del monte la mancha oscura de un aduar: Bedanuam.

No hubo forma de contenerlos. Los hombres del capitán Botija se lanzaron sobre el poblado, que fue sometido a un concienzudo y rapidísimo saqueo. Rapidísimo, porque en aquellas mínimas y paupérrimas aglomeraciones humanas había muy poca cosa que saquear. Botija corrió tras ellos; sabía que las atrocidades eran inevitables en aquella lucha que desde hacía siglos, debido a los celos de los caballeros feudales del país, tenía carácter de guerra civil. El saqueo formaba parte de la guerra; entraba en el juego, y el capitán Botija no pretendía contener el torrente de devastadores, sino, simplemente, vigilarlo, encauzarlo o desviarlo en caso necesario.

Pero cuando logró penetrar en el poblado la mitad de sus chozas ardían ya. A través del portillo abierto en un macizo de chumberas, junto a tres cabras aterradas que no sabían hacia dónde huir, Andrés vio algo que le puso los pelos de punta: uno de sus harqueños había colgado por los pies a un niño y se disponía a ejercitarse en tirar al blanco sobre él. El soldado levantaba ya el fusil pero no podía hacer la puntería con calma porque, abrazado a sus rodillas, un anciano clamaba:

—¡*Baracaloufic, baracaloufic*^[2]!

Botija llegó con el tiempo justo para disparar su pistola contra el bestia aquel; el anciano se apresuró a descolgar al niño, al que procuró acallar introduciéndole en la boca un higo chumbo maduro y fresco. Sin éxito: no había en el mundo chumbo lo bastante grande ni dulce para calmar a la aterrorizada criatura.

Aquella noche, en el recinto semifortificado de Yebel Smid, cuando bajo el cobijo de la tienda de lona intentaba Botija dormir envuelto en su chilaba, vio que alguien levantaba despacio la cortinilla de entrada.

—¿Scun? ¿Quién es? —preguntó apuntando con su pistola.

—*Baracaloufic sidi* —respondió una voz temblona y cantarina.

Era el viejo, que, entre un torrente de palabras de agradecimiento, después de besar las manos de su protector, sacó de entre sus vestidos un saquito de cuero. El viejo se expresó en árabe desde el principio hasta el final. El capitán lo escuchó sonriente, como quien escucha a un niño o a un loco; luego contestó al moro en su idioma y guardó el saquito en la mochila que colgaba junto a la camilla sanitaria que le servía de lecho.

Cuando el moro salió, el capitán empezó a rezar mecánicamente, más que por devoción, pidiendo hipnosis a la plegaria. Mientras tanto, pensaba:

—Lo haré... por si acaso.

Era un *por si acaso* semejante al de esos pecadores que tras una existencia de ateísmo vocinglero buscan, cuando creen ver la cara a la muerte, el perdón de un Dios que acaso exista.

—¿Cómo puede ese loco —pensó— saber que es descendiente de Salomón? Es el primer musulmán al que veo enorgullecerse de ascendencia judía.

El sueño no acudía. El capitán sacó de la maleta tintero, pluma, papel y sobre y escribió la carta que medio siglo después había de leer el nieto del doctor Bustamante: César.

Pero César ignoraba todo lo que antecede; creía encontrarse ante una vulgar labor de artesanía marroquí y no ante algo tan importante como...

Cuando pasada la edad de las inocencias leemos un cuento de hadas, sonreímos como sonreía el capitán De la Puente Botija al oír las palabras del anciano descendiente de Salomón. Las varitas mágicas, las lámparas maravillosas

y los polvos de la Madre Celestina nos hacen sonreír. Sin embargo, muy en lo profundo del subconsciente, despiertan en nosotros un deseo: a nadie le amargaría el dulce de la posesión del antejo que todo lo ve, o del árbol de las manzanas de oro. Ahora bien: ni nos hacemos la ilusión de tener en las manos algún día cualquiera de esas maravillas, ni siquiera creemos que hayan existido jamás.

Estamos equivocados: hubo un tiempo en que Aladino, Blanca Nieves, Scherezade y Alí Babá andaban por el mundo. Las estrellas estaban a disposición de los mortales, las piedras se abrían al conjuro de una palabra tan sencilla como *sésamo*, y cualquier pastora con un poco de suerte podía ser dueña de quintales de diamantes gordos como nueces.

Los historiadores no han sabido o no han querido consignar en sus libros la presencia real de personajes y fenómenos estupendos y decididamente historiables. El libro de la Historia, que debería dividirse en Prehistoria, Edad Antigua, *Edad de las Maravillas*, y demás edades conocidas hasta llegar a la Contemporánea (de nuestros abuelos) y a la Atómica que los sabios nos están sirviendo, se nos da mutilado.

¿Por qué? ¿A santo de qué, los historiadores, que admiten la existencia de personajes cuyas peripecias han llegado hasta nuestros días por tradición oral y relatadas en romances de ciego, niegan, o silencian, a la Cenicienta y a Pulgarcito, de los cuales poseemos biografías casi completas? ¿Faltan testimonios fidedignos? No; de la misma forma que la Prehistoria nos regala de vez en cuando un fósil, la Edad Antigua un friso, la Media un pergamino, la Moderna libros a millones y las dos últimas una cantidad de documentos y noticias contradictorias que ni nosotros podemos saber con certeza lo que sucedió hace cincuenta años, ni nuestros hijos llegarán jamás a conocer la razón de las barbaridades que ahora estamos cometiendo, igualmente, la *Edad de las Maravillas* nos ha legado más de un fósil que